

DON RUFINO JOSÉ CUERVO, BIBLIÓFILO

Siempre que pienso en don Rufino, me lo imagino rodeado de libros por todos lados, porque él fue un bibliófilo de tiempo completo, y bibliópola en su juventud.

Por la correspondencia epistolar que sostuvo con don Ezequiel Uricoechea, descubrimos que Cuervo y don Venancio González Manrique se ocupaban en la importación de libros que Uricoechea despachaba desde Europa por los años 1869 y 1870. Los importadores bogotanos se servían de otras personas para colocar la mercancía que consistía principalmente en libros de texto, de temas religiosos, novelas francesas y diccionarios de la Real Academia. La noble profesión de librero estaba como hecha a la medida para don Rufino. Su nombre viene a sumarse a los de tantos hombres ilustres que entre nosotros han ejercido este oficio: don Fidel Pombo, don Miguel Antonio Caro, don José Vicente Concha, don Miguel Abadía Méndez, don Salvador Camacho Roldán, don Lázaro María Pérez, don Jorge Roa, para citar unos nombres.

Boris de Tannenberg tuvo el privilegio de penetrar al *sanc-ta sanctorum* de don Rufino en París:

Ver trabajar a don Rufino era un espectáculo curioso. Su gabinete de trabajo se hallaba invadido por una gran mesa, en medio de la cual se levantaba un montón de libros y papeles y a cuyo borde se veían todos los ejemplos de una palabra, puestos en fichas, listos para ser clasificados. Don Rufino trazaba el plan de su artículo, y era de vérselo alrededor de la mesa reconociendo todas sus riquezas, tomando ya esta ficha, ya la otra, y llevando su minuciosa exploración hasta el agotamiento de la materia. En seguida se sentaba, a fin de revisar, modificar y organizar la clasificación llevada a cabo y comenzar la redacción del correspondiente artículo [...].

Hay que marcar el amor tierno, apasionado, de don Rufino por los libros. Los amaba, no solo para leerlos o para consultarlos, sino aun por el solo placer de manejarlos y saber que los tenía a su alcance. No sabía sustraerse a la tentación de adquirir constantemente aun aquellos más

ajenos a sus estudios, como una bella edición de autores griegos. Tenía culto por las bellezas tipográficas y los textos de grandes escritores impresos sin notas sobre papel fino; su gabinete de trabajo y su salón se hallaban atiborrados, y de sus incursiones por las librerías sacaba diariamente paquetes, a despecho del ama de llaves, que admiraba a su señor a la manera que Sancho a don Quijote, y se revolvió por la cocina gruñendo: ¡Habrased visto! ¡Habrased visto!¹.

Don Rufino había elaborado un fichero de las obras más consultadas de su rica biblioteca. En esas fichas hay anotaciones que nos muestran sus preferencias y el agudo sentido crítico para apreciar una buena edición.

En la biblioteca de don Rufino había libros en griego, latín, hebreo. Allí estaban las obras de lexicografía de los mejores autores alemanes en su lengua de origen. Franceses, italianos, portugueses, catalanes, se codeaban con los ingleses y, claro está, con los españoles de todos los tiempos. Cerca de seis mil volúmenes llenaban los plúteos de su biblioteca. A todos los conocía, pero había muchos que eran sus preferidos, bien por tratarse de una bella edición, bien por algún recuerdo personal.

1. LOS LIBROS DE LA INFANCIA

Al lado de san Agustín y de santa Teresa, se ocultaba un libro pequeño:

Catecismo de la Doctrina cristiana del Padre Gaspar Astete, corregido i añadido para su mayor declaración con varias preguntas i respuestas que se hallan con esta señal *, por el L. D. Gabriel Meléndez de Loarca, colegial que fue en el insigne de San Pelayo de la Universidad de Salamanca. Bogotá, N. Gómez, 1851.

Tiene la ficha una anotación que nos revela un hecho desconocido de su infancia:

En este ejemplar aprendió la doctrina R. J. C. en la Escuela de D. Lubín Zalamea.

¹ BORIS DE TANNENBERG, *Cuervo íntimo*, en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo X, 1942-1943, págs. 299 y 304.

Sabíamos que Cuervo recibió las primeras lecciones en la casa paterna, luego con los hijos del ministro del Brasil en Colombia. Estudió con los profesores franceses Bergeron y Touzet, y probablemente con los compatriotas Juan Esteban Zamorra y Manuel María Medina. Cursó estudios en el Liceo de Familia, dirigido por su hermano Antonio y por el joven venezolano Antonio José de Sucre, más tarde sacerdote, y en el histórico claustro de San Bartolomé. Pero ignorábamos sus primeras letras en la escuela de don Lubín Zalamea.

Cordovez Moure nos dejó una amena página sobre la mencionada escuela que funcionaba a la vuelta de la casa de don Rufino, frente al camarín del Carmen. En cuanto al método pedagógico del maestro, tenemos algunas informaciones. Eran muy celebradas las explicaciones que daba del texto que se acababa de leer. Contra las leyes de la lógica que enseñan que lo definido no debe entrar en la definición, don Lubín explicaba: luz, la luz; sol, el sol; buey, el buey, y así indefinidamente. Otra de las características de su sistema pedagógico era el uso del agua como castigo; valiéndose de un hisopo, rociaba a los alumnos díscolos; los hacía soportar ladrillos en las manos, con los brazos extendidos en cruz. En un rincón, de rodillas, purgaban sus faltas los merecedores de sanción².

Don Rufino estudió la doctrina cristiana y, lo que es más importante, la practicó hasta su muerte. Hubiera aprobado las hermosas palabras de don Marco Fidel Suárez, su ayudante en las tareas lexicográficas, sobre el catecismo del padre Astete:

Lee uno a Pascal, y en medio de su piedad y de sus virtudes le infunde a veces cansancio y duda, aunque lee en seguida al Padre Astete, quien con su modesta lámpara disipa las tinieblas con la misma eficacia con que el de Hipona y el de Aquino ilustraron el mundo como conductores del sol todoluminoso (*El sueño del Syllabus*).

Y ahora, otro libro de la infancia:

AELII ANTONII NEBRISSENSIS de Institutione Grammaticae libri quinque novissime quam plurimis, quae aliis in editionibus irreperant,

² JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE, *Recuerdos autobiográficos, años 1838-1834*, en *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Madrid, Aguilar, 1957, pág. 1354.

mendis accurate expurgati, pristinamque ferme ad puritatem restituti D. Pet. del Campo y Lago [...]. Nova editio. Parisiis, Rosa et Bouret, 1858.

Anota don Rufino:

Es el famoso Nebrija, del P. La Cerda, que todavía en 1858 me hicieron aprender en Bogotá. R. J. C.

Si tenemos en cuenta que los jesuitas dirigieron el Colegio de San Bartolomé en los años 1858-1861, podemos conjeturar que en 1858 Cuervo estudiaba latín con los padres de la Compañía de Jesús.

2. POR LAS LIBRERÍAS DE VIEJO

Hemos dicho que don Rufino fue un apasionado bibliófilo. Boris de Tannenberg habla de las incursiones que hacía Cuervo por las librerías, de donde salía cargado de paquetes. Como buen *bouquineur*, frecuentaba los puestos de libros viejos del Sena.

En efecto, al registrar los *Estudios y conferencias de historia y literatura* de Enrique Piñeyro, anota:

Con la dedicatoria del autor a la Biblioteca Nacional de Guatemala. Comprado por R. J. C. en los puestos de libros viejos del Sena; según el vendedor, él lo había adquirido en Asnieres.

Pero pásmense ustedes. Hay una edición de *Veleyo Patérculo en castellano*, Madrid, Antonio Espinosa, 1787, de la cual dice:

Este libro que compré en las orillas del Sena el 15 de octubre de 1908, tiene el sello de D. J. Manuel Marroquín.

¿Cómo fue a dar allí ese libro? Dios lo sabe, pero lo cierto es que el autor de la *Historia romana* viajó a París desde el tibio rincón de la biblioteca de don Manuel. Afortunadamente Marroquín ya había utilizado al adulator de Tiberio para escribir sus festivos *Estudios sobre la historia romana*:

Para el último día, que era el cuarto,
O el quinto cuando más, según Suetonio;
Mas, que, según afirman Tito Livio
Y Veleyo Patérculo, era el nono . . .

3. LIBROS PRESTADOS Y NO DEVUELTOS

Un escrupuloso historiador bogotano tenía en su biblioteca un cartel que decía: “Todos estos libros están a disposición de mis amigos, para ser consultados en esta su casa”. Otro, para poner en vergüenza al ladrón, usaba un sello para sus libros con la leyenda: “Robado de la biblioteca de [aquí el nombre]”. De alguno se cuenta que nunca prestaba un tomo suelto cuando la obra era en varios volúmenes, y daba la razón: si no me la devuelve, por lo menos no me queda una obra incompleta.

El señor de Tannenberg pondera la generosidad de don Rufino:

Y era tan bueno, tan amigo de ayudar a los demás y de hacerles partícipes de sus riquezas, que les prestaba sus amados libros. ¡Un bibliófilo como él prestar sus libros!

Y era cierto. En carta a García Icazbalceta pone a su disposición los libros sobre americanismos que tiene en su biblioteca. Si desea consultar alguno, “yo se lo envío por correo certificado, lo disfruta Vd. todo el tiempo que quiera, y me lo devuelve de igual manera”. Un desprendimiento que puede figurar con honor en el *Flos sanctorum*. ¡Enviar un libro desde París a México en 1889 y quedarse uno con el alma en un hilo, esperando la devolución! Don Joaquín, que era otro bibliófilo impenitente, responde: “líbreme Dios de aceptar el generoso ofrecimiento de V. A pesar de la *recomendación* podría extraviarse o estropearse cualquiera de esos libros y no me perdonaría jamás”³.

³ *Epistolario de Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y otros colombianos con Joaquín García Icazbalceta*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Archivo Epistolar Colombiano, XIV, 1980, págs. 227 y 232.

Al registrar *El moro expósito* de Ángel Saavedra, París, Librería Hispano-Americana, 1834, 2 vols., anota don Rufino:

Esta obra fue prestada a un amigo en Bogotá, quien no devolvió el tomo 2º.

Mucho cuidado al comprar un tomo suelto de *El moro expósito*. Fíjese primero que no tenga el sello de don Rufino.

4. JOYAS BIBLIOGRÁFICAS

Cuervo, como buen bibliófilo, sabía apreciar las bellas ediciones. Se queda contemplando los *Discorsi di Niccolò Machiavelli cittadino [. . .] sopra la prima deca di Tito Livio*, Firenze, Bernardo di Giunta, 1531, y anota:

Ejemplar precioso de una edición rarísima.

Del *Tratado del esfuerzo bélico heroico* de Juan López de Palacios Rubios, Madrid, Sancha, 1793, escribe:

Bellísima reimpresión la llama Ticknor.

A la edición de las *Comoediae et comoediarum fragmenta* de Plauto, Quedlimburgi et Lipsiae, Godofr. Bassii, 1838, la califica de

Ejemplar magnífico, interfoliado, con el *ex-libris* William Henry Waddington.

Don Rufino dispuso del *Libre de cōsells* de Jaume Roig, Valencia, Francisco Díaz Romano, 1531,

Ejemplar rarísimo, de la primera edición; desgraciadamente las diez primeras hojas y la viñeta final son imitación moderna.

De *La conjuración de Catilina* de Cayo Salustio Crispo, traducida por el infante D. Gabriel, Madrid, Ibarra, 1772, dice:

Una de las obras maestras de tipografía española: desgraciadamente este ejemplar no se halla en perfecto estado.

En los anaqueles de la biblioteca de Cuervo ocupaba puesto de honor una edición de las *Fábulas en verso castellano* de Samaniego, hecha en Valencia por Benito Monfort, 1781:

Bello ejemplar de la edición original, que no contiene sino cinco libros de fábulas.

Juzga con muy buen gusto, que las *Opera* de C. Cornelio Tácito, Lugduni Batavorum, Jac. Hackius, 1687, son un "precioso ejemplar".

Y, finalmente, un ejemplar único. Se trata *De Graecae linguae grammatica libri quinque* de Francisco Vergara, París, Joannem Ludovicum Tiletanum, 1545:

Cada libro tiene portada, paginación y signaturas independientes, a excepción del 2º que no tiene portada; el libro 4º está dividido en esta forma, en varias partes: una contiene los capítulos 1-4; otra los capítulos 5-13, pero va precedida de *Joannis Varannii Mechliniensis de graecorum accentibus libellus*; y la otra los capítulos 14-25: sin duda por error del encuadernador se intercaló entre estas dos partes el libro 5º. Además los últimos libros se imprimieron antes que los otros. Parece que Brunet no vio juntas todas estas partes, ni se hallan ejemplares de ellas en las bibliotecas públicas de París. Según el insigne helenista Mr. Legrand, este ejemplar es *único*.

5. EDICIONES DEFECTUOSAS, NADA CONFIABLES

En la biblioteca de don Rufino reposan los *Diálogos de la conquista del Reino de Dios* de fray Juan de los Ángeles, con un prólogo del P. Miguel Mir, Madrid, Imprenta de S. José, 1885, que le merecen este concepto:

Refundición ignorantísima del texto primitivo, en que se atribuyen al siglo xvi las voces *humanitario*, *inyectar* y otras de la laya.

La *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra le ocasionó más de un tropiezo. De ella dice:

Esta obra es el monumento más insigne del atraso en que se halla España en materia de crítica y filología.

La edición del *Quijote*, corregida con especial estudio de la primera, por D. J. E. Hartzenbusch, Argamasilla de Alba, Manuel Rivadeneyra, 1863, 4 vols., le merece este comentario:

Detestable como todas aquellas en que metió la mano Hartzenbusch: véase para la prueba la p. xxxi del prólogo.

El tomo de *Varias obras inéditas de Cervantes sacadas del códice de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el Quijote*, por el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor don Adolfo de Castro, Madrid, A. de Carlos e Hijo, 1874, le da oportunidad para anotar:

Buenas tragaderas se necesita tener para creer que todo esto es de Cervantes: aquí se ve que el editor no pudo hacer el *Buscapié* mejor de lo que lo hizo.

Es oportuno recordar que don Adolfo de Castro publicó con notas históricas, críticas y bibliográficas el escrito apócrifo *El buscapié, opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra*, Cádiz, Imprenta de la Revista Médica, 1848. Por esta publicación se suscitó una encendida polémica entre don Bartolomé José Gallardo y Adolfo de Castro.

De las *Obras del Padre Maestro Fr. Luis de León* reconocidas y cotejadas con varios manuscritos auténticos por el P. M. Fr. Antolín Merino, Madrid, Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1885, 4 vols., dice:

Reimpresión descuidadísima como todo lo que se hace hoy en España; al principio medio corrigieron las pruebas, luego se dejaron de esas pequeñeces.

No menos afortunada fue *La pícara montañesa, llamada Justina*, impresa en Madrid por Juan de Zúñiga, 1735. Comenta don Rufino:

Edición desaliñadísima que, naturalmente, sirvió de original a la de la Biblioteca Rivadeneyra.

Y seguimos con Rivadeneyra. *Las guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hyta, Madrid, Amarita, 1833, le merece este juicio:

Esta edición es la que reproduce la Biblioteca de Rivadeneyra III, hasta con sus erratas groseras. Es nuevo *rifacimento* de los *rifacimientos* anteriores.

No se queda atrás en materia de desaliño editorial la *Gramática de la lengua castellana* por la Real Academia Española, nueva edición, Madrid, Perlado, Páez y Cía., 1904:

Tiene las mismas erratas, disparates y desaliños que la de 1895: en nueve años ningún académico la ha leído, o sido capaz de notarlo.

No se salvan de la crítica las *Meditaciones, soliloquios y manual del glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín*, traducidos por el P. Rivadeneira de la Compañía de Jesús, Barcelona, Librería Religiosa, 1874:

En algunas partes es un *rifacimento* de la obra de Rivadeneyra, desmañado y anacrónico.

Lo libre de les dones, e de concells de Jaume Roig, Valencia, Josep Garcia, 1735, es

Edición indignamente mutilada y adulterada.

Y otra vez comparece, ante el tribunal de don Rufino, Juan Eugenio Hartzenbusch con su *Teatro escogido* de fr. Gabriel Téllez, Madrid, Yenes, 1839-1842:

Colección publicada por Hartzenbusch, con las arbitrariedades que le eran propias.

El *Tesoro de las tres lenguas española, francesa, y italiana* de Hierosme Victor, Geneve, Jacques Crespín, 1637,

A pesar de que se dice corregida, tiene esta edición los mismos errores que le echaba en cara Oudin en la 2ª del suyo, quejándose del plagio que le había hecho Victor.

Don Felipe-Benicio Navarro se metió a publicar el *Arte cisoria* de don Enrique de Villena, con varios estudios sobre su vida y obras y muchas notas y apéndices. Barcelona, Imprenta de la Reinaixensa, 1879:

El editor muestra ser ignorantísimo en paleografía y otras cosas.

En este escrutinio de la biblioteca del señor Cuervo, no podían faltar las *Obras completas* de Publio Virgilio Marón, traducidas al castellano por don Eugenio de Ochoa, Madrid, M. Rivadeneyra, 1869:

Cosa mala, como todo lo de Ochoa.

6. DEDICATORIAS Y ANTIGUOS PROPIETARIOS

Cuántas veces el valor de un libro aumenta por la dedicatoria del autor o del donante, o por razón de su antiguo propietario. Sería una tarea muy dispendiosa hacer siquiera una lista de las obras dedicadas por sus autores a don Rufino. Son innumerables. Vamos a escoger unos pocos casos y precisamente de dedicatorias a personas distintas de Cuervo.

El *Nouveau dictionnaire des origines, inventions et découvertes* de Noel y Carpentier, Paris, Janet et Cotelte, 1827,

Con dedicatoria del Gral. Pedro Alcántara Herrán al Dr. Rufino Cuervo.

Las *Poesías de Jorge Isaacs*, publicación anexa al *Mosaico*, Bogotá, Imp. de El Mosaico, 1864,

Con dedicatoria del autor a D. J. M. Torres Caicedo, y muchas correcciones marginales autógrafas.

Anotación que se debe tener en cuenta para una nueva edición de las poesías del autor de *María*.

Las *Memorias del general José Hilario López*, Paris, D'Aubusson y Kugelmann, 1857,

Con dedicatoria del autor a Mr. Patriarche.

Y, finalmente, una no muy honrosa para el bibliopirata. La *Serie dei testi di lingua italiana e di altri esemplari del bene scrivere* de Bartolomeo Gamba di Bassano, Venezia, Alvisapoli, 1828,

Tiene dedicatoria de G. Libri, el famoso ladrón de libros, a ...? Probablemente el agraciado borró su nombre para no comprometerse.

En cuanto a antiguos propietarios, los tenemos famosos. La *Noticia del viaje de España* de Luis José Velásquez de Velasco, Madrid, Gabriel Ramírez, 1765,

Tiene las armas de Carlos III en la pasta, y en interior el sello de don Nicolás de Azara.

El *Vocabulario del humanista* de Lorenzo Palmireno, Barcelona, 1575,

Ejemplar del Conde de la Cortina.

El *Baital pachisi-zabani urdumer* (o 25 cuentos de un genio o demonio, en urdú o hindostaní), Shumba, año 1861 de la era Çäka 1793,

Ejemplar que perteneció al célebre orientalista Garcín de Tassy.

Grundriss der Kunstgeschichte del Dr. Wilhelm Lübke, Stuttgart, Ebner & Seubert, 1871, 2 vols.,

Ejemplar que perteneció al Sr. A. v. Gramatzki, ministro de Alemania en Bogotá.

Don Rufino tenía en su biblioteca *Lo spirito di San Francesco di Sales*, Venezia, Giamb. Pasquali, 1749,

Ejemplar que perteneció al Dr. Francisco Margallo y Duquesne.

La *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, por Andrés Bello, Valparaíso, M. Rivadeneyra, 1841,

Ejemplar que perteneció al Ilmo. Sr. D. Manuel José Mosquera, y compré entre varios libros pertenecientes a D. J. M. Torres Caicedo.

De la biblioteca del arzobispo Mosquera era la *Vida de Balmes*, por Benito García de los Santos, Madrid, Imp. de la Sociedad de Operarios del mismo arte, 1848.

La *Gramática y arte nueva* de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua [*sic*] o lengua del Inca, por Diego González Holguín, Lima, s. i., 1842, perteneció al general José María Obando.

Delle satire e rime di M. Ludovico Ariosto, libri due, Londra, Giov. Pickard, 1716, es un

Ejemplar que perteneció al insigne poeta Parini, del cual tiene notas.

Las *Poesías que publicó D. Francisco de Quevedo Villegas* [...] con el nombre del bachiller Francisco de la Torre, Madrid, Eugenio Bieco, 1753, dice:

Ejemplar que perteneció a Quintana, y del cual se sirvió para escoger las poesías que de este autor incluyó en el *Tesoro del parnaso español*: se ve que en la primera lectura marcó con este signo (X), hecho con tinta, veinticinco composiciones, y en la segunda escogió entre estas, poniéndoles las más veces una señal con lápiz, las diez y nueve que definitivamente fueron a la imprenta. La égloga única que publicó no lleva signo alguno.

Obras de Garcilaso de la Vega, Madrid, Sancha, 1821,

Ejemplar que perteneció al célebre patriota venezolano D. José Luis Ramos. Véase Baralt, *Hist. Mod. de Venezuela*, I, p. 354.

La *Nouvelle grammaire allemande* de Charles Benjamin Schade, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1821,

Ejemplar que perteneció al ilustre patriota D. Alejandro Vélez.

Las *Orazioni cristiane*, Torino, 1832,

Compradas por el Dr. Rufino Cuervo en la casa de sordomudos de Génova el 18 de julio de 1835.

7. OBRAS CURIOSAS

Por una u otra razón, merecen recordarse otros libros de la valiosa biblioteca de don Rufino.

Vollständige Grammatik der Sanskritsprache, de Theodor Bensey, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1852,

Ejemplar curioso que fue primero del mismo Bensey, y después de Justi, quien para salvar su reputación advierte que cuando él lo adquirió, estaba usado.

El abencerraje, de Antonio de Villegas, Medina del Campo, Francisco del Canto, 1565,

Reproducción fotolitográfica de la parte del *Inventario* de Villegas que contiene este cuento, hecha por D. José Sancho Rayón, según Menéndez y Pelayo, quien se equivoca al decir que la edición reproducida es la 2ª de 1577 (*Orígenes de la novela*, I, p. 377, nota).

El Cancionero de Juan Alfonso de Baena. Publicado por Francisque Michel. Con las notas y los índices de la edición de Madrid del año 1851, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1860,

El editor no era muy versado en castellano; pero por más que hayan dicho en Madrid, la copia fue sacada del MS. original. Baste decir que da pasajes que la edición de 1851 se engaña en afirmar que no se hallan en aquel.

El Cancionero de Baena (siglo xv). Ahora por primera vez dado a luz con notas y comentarios. Madrid, M. Rivadeneira, 1851.

Comparada esta edición con la que hizo Michel y con el original, que se halla en la Biblioteca Nacional de París, salta a los ojos el descuido con que la primera se hizo.

8. MANUSCRITOS

Don Rufino conservaba dos curiosos manuscritos sobre lenguas indígenas:

Vocabulario y gramática de la lengua ...

MS. de 53 fols. falto de portada y sin indicación alguna de la tierra en que se hablaba la lengua. Por el hecho de haber sido llevado a Bogotá por D. Rafael Arboleda M. (de quien lo hubimos) de Popayán, y algo

que se deja sospechar de los términos y explicaciones del vocabulario y sobre todo de la advertencia que precede a la gramática pudiera colegirse que es obra de un *Religioso* para las misiones que los franciscanos tenían en los Andaquíes.

Arte y Bocabulario de la lengua Achagua. Doctrina cristiana, confessorario de uno y otro sexo. E instrucion de catecumenos. Sacado de lo que trabajaron los Padres Alonso de Neyra, y Juan Ribero de la Compañía de Jesus. Trasumptado en el Pueblo de Sⁿ Fran^{co} Regis. Año de 1762.

Págs. 1-45 Rudimentos de la lengua Achagua. Fols. 1-90 Vocabulario Castellano Achagua. Fols. 1-11 Confessorario. Fols. 1-4 Catecismo.

MS. precioso que lleva en la primera pág. el sello de la Biblioteca de los Jesuitas y en la primera hoja en blanco el nombre del joven naturalista D. L. M. Girón. Nosotros lo hubimos como obsequio de D. N. J. Casas. Al fin del Vocabulario se advierte que por abril de 1788 se sacó una copia, que fue sin duda la que Mutis envió con el Arzobispo Góngora para la obra de Pallas. Otra copia hizo sacar D. E. Uricoechea en 1866, la cual ayudó a cotejar uno de nosotros: sospechamos que el original no perteneció a este señor, como se ha dicho.

En la posdata de una carta de don Rufino a don Miguel Antonio Caro, París, 5 de noviembre de 1885, se lee:

Hágame el favor de reclamar a Alberto Urdaneta, saludándolo cariñosamente, un *Carnero* manuscrito que le presté hace algún tiempo, y me lo guardará usted hasta nueva orden. Perdone todo.

La respuesta de don Miguel Antonio no fue consoladora:

Hablé con Alberto Urdaneta sobre el *Carnero*, y por el pronto no recordó el préstamo. Trataré de ver si aguza la memoria⁴.

No se volvió a tratar del asunto, por lo cual podemos concluir que Urdaneta no recobró la memoria.

⁴ *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Archivo Epistolar Colombiano, XIII, 1978, págs. 156 y 157.

Y preguntará alguno: ¿estos libros dónde se encuentran? Por disposición testamentaria de don Rufino, “los impresos, libros y manuscritos que existen en mi domicilio de París”, fueron legados a la República de Colombia para ser colocados y conservados en la Biblioteca Nacional de Bogotá para uso del público. El precioso legado constituye el “Fondo Cuervo” de esa institución.

MARIO GERMÁN ROMERO

Instituto Caro y Cuervo.